



FERNANDO OPERÉ<sup>1</sup>

University of Virginia - fo@virginia.edu

Artículo recibido: 13/12/2014 Aceptado: 22/01/2014

## EL VIAJE A LA GUERRA: ESTANISLAO ZEBALLOS Y LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

### RESUMEN:

El viaje de conquista (viaje a la guerra) y el viaje científico han estado hermanados de alguna forma en la historia del continente americano desde las primeras expediciones en el siglo XVI, pero principalmente tras la independencia. Este es el caso de numerosos viajes de exploración a los poblados indígenas del interior en la Argentina del siglo XIX. Estanislao S. Zeballos, periodista, abogado, escritor prolífico, científico o aspirante a científico, nacido en la ciudad de Santa Fe, en la Argentina en 1845, estuvo íntimamente involucrado en la preparación de la tristemente famosa expedición al desierto del más tarde presidente argentino, Julio Argentino Roca. En 1878 publicó, *La conquista de quince mil leguas. Ensayo para la ocupación definitiva de la Patagonia*, obra cuyo objetivo primordial consistía en facilitar la planificación de la gran expedición militar a los desiertos de la pampa y la Patagonia, de 1878-1885, que terminó con las amenazas de las poblaciones indígenas y unificó definitivamente el país.

**PALABRAS CLAVE:** Viaje científico y militar, Pampa, Patagonia, Conquista del Desierto, Zeballos.

### ABSTRACT:

The journey of conquest (war expedition) and the scientific traveling have been connected in some form in the history of the Americas since the first European expeditions in the sixteenth century, but especially after Independence. This is the case of numerous exploratory trips to indigenous settlements in the interior of Argentina in the nineteenth

<sup>1</sup> Fernando Operé es profesor del Departamento de Español, Italiano y Portugués, y Director del Programa de Estudios Latinoamericanos. Es autor de una rica y diversificada obra académica sobre una variedad de temas que van desde estudios de literatura y cultura en Hispanoamérica, estudios de fronteras y novela histórica hasta cultura y civilización española, poesía y teatro. Entre sus publicaciones más recientes encontramos: *Relatos de cautivos en las Américas de los siglos XVI al XX* (en prensa); *Indian Captivity in Spanish America: Frontier Narratives* (2008); *España y los españoles de hoy. Historia, Sociedad y Cultura* (2007). Por otro lado, en su vertiente como poeta ha publicado más de 15 libros. Algunos de sus poemarios más recientes son: *Ciudad de Tiza. Paisajes de papel* (2014); *Refranero de ausencias* (2014); *Around the World in 80 Poems* (2013); *La vuelta al mundo en 80 poemas* (2012).

century. Estanislao S. Zeballos, journalist, lawyer, prolific writer, scientist or aspiring scientist, born in the city of Santa Fe, in 1845, was intimately involved in the preparation of the infamous expedition of the later Argentine President Julio Argentino Roca to the interior desert. The main purpose of *The Conquest of fifteen thousand leagues. Essay on the final occupation of Patagonia*, published in 1878, was to provide information to facilitate the planning of the military expedition of 1878-1885 to the interior of the pampas and Patagonia, that finally ended the resistance indigenous peoples and definitively unified the country.

KEY WORDS: Scientific and army journey, Pampa, Patagonia, Conquest of the Desert, Zeballos.

Es curioso que en el mundo actual, el viaje a lugares de grandes conflagraciones militares se ha convertido en una actividad turística. En la costa este los Estados Unidos se viaja a los campos de batalla de la Guerra Civil, y se rinde tributo a las víctimas anónimas o nominadas, las de un bando o del otro, indistintamente. Gettysburg, Normandía o Hiroshima, lugares de horror, son visitados consistentemente, así como Pearl Harbor en Hawái, Guernica en el País Vasco, o los campos de concentración alemanes. El viaje a la guerra se ha convertido en peregrinación a los lugares de la muerte, con todo lo que implica de idealización, memorial y tributo a los héroes y las víctimas. El viaje bélico, de invasión y conquista, es tan común a la especie humana, como fueron los viajes de exploración científica, comercio, peregrinación, exilio o emigración.

Somos una sociedad de viajeros, aunque no siempre fue así. Las primeras aventuras de los grandes viajeros están asociadas al sufrimiento, la huida, una prueba o un reto, exilio, también incursión y muerte. Para justificar sus acciones, tanto Cortés, como Pizarro y los que les siguieron, apelaron a justificaciones religiosas y misioneras. La resistencia de los nativos, por su parte, nunca cesó, desde las primeras escaramuzas en territorio de las Antillas, hasta finales del siglo XX. La resistencia fue la constante y continua respuesta de los nativos a las invasiones en cualquier lugar y latitud. No hubo un solo año en esos largos cinco siglos en que los pueblos aborígenes americanos no intentaran preservar sus particularidades y sus culturas defendiéndose contra los viajeros barbudos, con corazas y caballos, espadas de Toledo, cruces y sotanas, libros y aparatos de medición, que les cayeron por sorpresa, como si de un huracán o tornado se tratase. Y no sólo en los primeros años de la conquista, sino a través de los siglos, especialmente en el XIX cuando las identidades nacionales chocaron con la pluralidad étnica, lingüística y cultural.

Este artículo trata de un asiduo viajero, Estanislao S. Zeballos, personaje pluri-facético, periodista, abogado, escritor, científico o aspirante a científico, nacido en la ciudad de Santa Fe, en la Argentina en 1845, cuya obra teórica ayudó a planificar la gran expedición militar del general Julio Argentino Roca a los desiertos de la pampa y la Patagonia, y que ha pasado a la historia con el triunfalista nombre de la Conquista del Desierto (1878-1885). Efectivamente, Zeballos, además de una serie de textos novelados sobre los grandes caciques de la pampa, es autor de un ensayo menos conocido titulado, *La conquista de quince mil leguas. Ensayo para la ocupación definitiva de la Patagonia*, publicado en 1878.

Las Provincias Unidas del Río de la Plata, más tarde República Argentina, fue el segundo país en la América hispánica en alcanzar la independencia. Desde la declaración de independencia en 1811 hasta 1862, año en que el país se constituye como tal, las luchas internas y los problemas no dejaron de acuciar a la joven república. Hay que señalar la falta la definición de las fronteras en esa época, problematizada por la acción independentista de las provincias, las aspiraciones de Chile a vastos territorios de la Patagonia, a más de las constantes amenazas de las tribus de las pampas, fundamentalmente puelches, ranqueles, y varios grupos de ascendencia araucana. Es curioso que la gran expedición del general Julio Argentino Roca se denominase Conquista del Desierto, lo que supone una previa definición teórica de ese territorio. Para la imaginación argentina, los amplios espacios que se extendían al sur, este y oeste de Buenos Aires, eran un desierto sin límites concretos, inhabitados o poblados por indios nómadas, sin raíz ni cultura, bárbaros o salvajes, sin sentido del bien ni del mal, y cuyos comportamientos parecían estar inspirados por su innato odio al cristiano. No hay más que leer los textos de los teóricos y viajeros que recorrieron estos territorios por esas fechas. La misión de los llamados padres de la patria, aquellos implicados en la construcción de la República significó, entre otras tareas fundamentales, la de poner límites a ese desierto, objetivo arduo, sin lugar a dudas. Fermín Rodríguez ha escrito,

«Fundar una nación para el desierto, en ausencia de tradiciones, a partir de una importación cultural que rompa con la herencia colonial de España, se vuelve un programa estético-político que comienza a ras de suelo, sobre un mapa vacío de accidentes y de habitantes, leído desde la perspectiva de un viajero europeo de viaje al Río de la Plata. Porque el gesto de fundar en el desierto requiere simultáneamente de fundar, en la literatura, en la ciencia, en la política, el desierto —un desierto para la nación» (215).

Ernesto Livon-Grosman, por su parte, escribe que «La historia de un país es, entre otras, la historia del desplazamiento de sus fronteras y de su definición como territorio» (12). Más de trescientos años después de la llegada de Juan Díaz de Solís en 1515 o de Fernando Magallanes en 1520 a los territorios del Río de

la Plata, la Patagonia seguía siendo un territorio sin fronteras, ni asentamientos importantes. Cómo incorporar estos territorios en el proceso mental y políticos a la nación, y más a la consolidación de un estado central? En ese sentido la literatura de viajes juega un papel primordial, incluyendo territorios y dando forma o lugar a sus habitantes. La literatura de viajes en estas fechas de construcción nacional no se expresa únicamente en la esfera de lo cultural, o etnográfico. Estas narrativas están escritas para el estado, incluso cuando se trata de un informe topográfico, una posta caminera, o una explotación agrícola.

Para sus fundadores, las Provincias Unidas del Río de la Plata estaba necesitada de instituciones, leyes, industria, comercio y ciudades, sobre las que asentar sus planes de futuro, pero también de una imaginación poética o un espacio donde inscribir su historia, con sus signos, dramas y personajes. Ese espacio fue el desierto, el vacío, la ninguna cosa, el otro prisma de lo humano. Varias de las obras literarias fundacionales están implicadas en construir una escenografía de ese espacio sin linderos, marcas, o representaciones espaciales. Me refiero a textos como *La cautiva* de Esteban Echeverría o *Martín Fierro* de José Hernández, que elaboran una lenta, meticulosa conquista del vacío, ese espacio que se conoce o en algún momento se bautizó como desierto. ¿No es acaso *Facundo* de Sarmiento, un intento de doblegar ese espacio sin rostro y poblarlo de poesía, personajes y tradiciones? Es a partir de la representación de un estado nacional definido que se determina la representación de los pueblos indígenas. De alguna forma los primeros escritores fundadores fueron teóricos o poetas de la frontera. No sé si hay mucha diferencia. La gran diferencia se establece cuando «la existencia de un estado fuerte y centralizado es sinónima de organización nacional, que se determina la representación de los pueblos indígenas» (Livon-Grosman 27). En estas disyuntiva la literatura de viajes comienza a tener un peso político mayor, y pueden trazarse las diferencias entre los viajeros argentinos y los británicos. Sus agendas no coincidían, aunque sí algunas de las conclusiones.

Por razones prácticas, era preciso resolver algunos de los problemas básicos que acuciaban a la nueva nación, entre ellos, el establecimiento de límites y relaciones fronterizas. En 1810, justo el año en que se reunía en el Cabildo de la ciudad de Buenos Aires una junta que daría el espaldarazo a la declaración de independencia, se organizó una de las primeras expediciones hacia al sur de Buenos Aires, a Salinas Grandes. La lideraba el comandante Pedro Andrés García, conocido como el primer geógrafo argentino. La componían 350 hombres, 50 soldados armados, 500 caballos, 234 carros y 300 bueyes. El propósito era asegurar las fronteras, incorporar a las tribus, adelantar la línea fronteriza hasta la cordillera, aumentar el poder de la población, regenerar la agricultura, la industria y el comercio, y controlar las salinas, producto fundamental en la industria y la ganadería. En resumen, se ponía en manos del comandante García el diagnósti-

co del estado de la campaña que tenía vecindad con los indios. García recogió las peripecias de sus varios viajes en una serie de textos, entre ellos: *Diario de un viaje a las Salinas Grandes en los Campos del Sud de Buenos Aires*. Durante las décadas siguientes, y mientras la Argentina se debatía en guerras civiles, el desierto cobraba vida como un espejismo de construcción permanente, que los múltiples viajes de cartógrafos, geógrafos, ingenieros, geólogos y aventureros no lograban encapsular en unas coordenadas abarcables.

La cuestión era doble, una física y otra humana. Las expediciones argentinas, subvencionadas por el estado, se enfrentaban a la disyuntiva de si reconocer a los indígenas como comunidades políticas organizadas. Ya desde sus albores el primer teórico de la frontera, Domingo Sarmiento, había escrito que el mayor mal que aqueja a la Argentina era su extensión y la existencia de salvajes, que en su opinión son incapaces de progreso y condenados a su desaparición. Mejor lo había entendido el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas quien, entre 1830 y 1832, organizó otra expedición a lo largo del río Azul, aprovechando la ley de enfiteusis que permitía al gobierno hipotecar suelos vírgenes cuya propiedad se reservaba. La creencia que el desierto carecía de dueños se asentaba sobre el concepto de propiedad de los habitantes originarios, los aborígenes, que usufructuaban la tierra, pero no la organizaban en bases políticas ni económicas. La expedición de Juan Manuel de Rosas cumplía una doble misión: recuperaba las tierras enfitéuticas, al tiempo que empujaba a las poblaciones diseminadas hacia el río Negro en el profundo sur. La labor de dimensionar, catalogar, evaluar y describir, se haría en múltiples expediciones durante los siglos XVIII y XIX, por los llamados viajeros científicos y militares, que en la Argentina fueron muchos. Estos expedicionarios ilustrados fueron los creadores de nuevas metáforas aplicables a la reconstrucción del mapa de las Américas. Comenzando por los pioneros Antonio de Ulloa, Jorge Juan, José Celestino Mutis y Alejandro Malaspina, a los que siguieron los archifamosos, Alexander von Humboldt, Aimé Bonpland y Charles Darwin.

El nuevo territorio que estaban catalogando coincidía con las premisas de la independencia de las repúblicas americanas. Se estaba haciendo historia como lo hicieran los primeros descubridores del siglo XVI. Había que explorar para conocer las dimensiones de lo que se poseía o se quería poseer. Para Eric J. Seed, «Travel is a primary source of the new in history» (15), es la fuerza central de transformaciones históricas, y nunca mejor dicho que en el viaje de guerra. Había que escuchar las voces, seguir los derroteros, estudiar los mapas, y completarlos de acuerdo a las más urgentes necesidades.

Ésta fue en parte la labor que se propuso Estanislao S. Zeballos, consciente de que uno de los problemas de la República Argentina, según se constituía, era el

llamado «problema del indio» o «la cuestión del indio». Aunque en diversas ocasiones durante las invasiones inglesas, las guerras de independencia y guerras civiles, las tribus de la pampa habían participado activamente u ofrecido su participación, legitimando la soberanía nacional, representaban también un creciente problema, especialmente las agrupaciones cercanas a las poblaciones fronterizas. Los malones o ataques rápidos y devastadores a pueblos limítrofes, tan recurrentes a pesar de los múltiples pactos firmados, eran una traba a la expansión criolla, y dificultaba la producción agrícola y ganadera. La cuestión era cómo hallar fórmulas de convivencia, aceptables por ambas partes. Las posiciones eran varias, bien negociar y pactar, o proseguir con una política de control y exterminio. La primera propuesta había tenido sus avales, entre ellos el entonces ministro de Guerra y Marina, bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda (1874-1880), Adolfo Alsina. El proyecto de Alsina, a decir de Alberto Pérez, consistía en «una estrategia de ocupación gradual, pacífica y de asimilación del nativo» (10). Esta era la alternativa defendida por otro de los conocidos viajeros de la época, Lucio V. Mansilla, quien negoció con los indios ranqueles de río Cuarto en 1870, y cuyo viaje se plasmó en el libro *Una excursión a los indios ranqueles*. Las posiciones en el siglo no estaban claras. Una corriente pseudo-científica había ido expresando un creciente interés por las primitivos indígenas, y ya se puede observar en la literatura de viajes de la época que los nativos aparecen incorporados al paisaje como variante de una investigación etnográfica con aspiraciones cosmogónicas. La otra opción, mantenida por Santiago Arcos y Estanislao S. Zeballos, era la oficialista.

Zeballos, quien en 1876 dirigía la revista *Anales de la Sociedad Científica*, y cuyos intereses geográficos y científicos le emparentaban con las posiciones más en boga, era un exponente claro de la generación positivista. En el marco de su actividad político-científica aceptó la responsabilidad de elaborar un estudio que sirviese de justificación a lo que acabaría siendo un exterminio sistemático de tribus. Como en otras ocasiones, especialmente en los siglos XVIII y XIX, la ciencia se ponía al servicio de la guerra. El estudio que el general Julio Argentino Roca encargó al joven científico fue pieza clave en el éxito, no sólo político sino propagandístico de la expedición al desierto patagónico. Al igual que hoy, las relaciones públicas había que cuidarlas. En carta al general Roca, Zeballos deja claro el objeto de su estudio, «redactar algunos apuntes sobre los antecedentes de la ocupación del río Negro y sobre otros datos históricos y científicos convenientes para demostrar al país la practicabilidad de aquella empresa, y para proporcionar a los jefes y oficiales del ejército un conocimiento sintético de la obra en la que van a colaborar» (Pérez 7).

¿Cuál fue el informe de Zeballos? ¿En qué consistió su trabajo? Alberto Pérez opina que *«La conquista de quince mil leguas»* no es un tratado científico, sino más bien un documento propagandístico y hasta puede tomarse como un manual de

campana que ha tenido la gran virtud de dejar para la posteridad, plasmado de forma inequívoca e indiscutible, el pensamiento hegemónico de toda una generación» (7). Al respecto Eric J. Leed escribe que «in the history of European travels we may find the soul of the West, its continuities, evolution, permutations, the history of travel is in crucial ways a history of the West» (14). Occidente siempre pensó que los territorios a los que arribaban o atravesaban les pertenecían, especialmente en sociedades que no habían ejercido el mismo concepto de propiedad de la tierra. En ese sentido Zeballos pertenecía a una época de pensadores, hombres de ciencia, políticos e intelectuales, que justificaban su pleno derecho a ejercer la soberanía nacional sobre áreas supuestamente deshabitadas o en desuso. Como ya he indicado, hubo otras voces cuyos ecos se fueron perdiendo en un vendaval de ruidos, muchos de ellos producidos por los fusiles Remington, las locomotoras a vapor o las máquinas de cosechar.

Zeballos fue un escritor curioso. A pesar de lo tendencioso de esta obra, escribió una serie de ensayos-novelados sobre las grandes cacicazgos de la pampa, que contienen información muy valiosa, aunque discutible. Según él mismo admite, la información que dio pie a estas obras la consiguió de los archivos privados de Calfucurá que casualmente y sospechosamente se encontró. Calfucurá fue el gran cacique de la pampa, bajo cuya influencia los araucanos estuvieron cerca de establecer una gran confederación pan-indigenista. Zeballos escribió la trilogía *Calvucurá y la dinastía de los Piedra* (1881), *Painé y la dinastía de los zorros* (1886), y *Relmu, reina de los pinares* (1884). Más tarde, y como resultado de una posterior expedición a las pampas y Patagonia, redactó *Viaje al país de los araucanos*. Para entonces los araucanos habían sido reducidos a las reservas en los Andes o servían en estancias y conventos a sus nuevos señores.

*La conquista de quince mil leguas* se define desde el título, no hay ambigüedad, su objeto era buscar la forma para facilitar la conquista de quince mil leguas de territorio, que es la distancia que media entre las inmediaciones de Buenos Aires y río Cuarto, hasta el sur del río Negro y las localidades limítrofes con los Andes. Se inicia con una reseña histórica que cubre entre 1768-1878, los años en que se recrudecieron los ataques o malones indígenas a las poblaciones criollas de la línea de frontera. Contiene múltiples citas de viajeros y recomendaciones de comandantes de fronteras para paliar los acuciantes problemas de los fuertes. Su argumento se centra en lo que Zeballos llama incapacidad de los salvajes para entender la redención civilizadora propuesta por las autoridades civiles y militares. A partir de la segunda parte, junto a relatos de exploraciones desde el año 1553, se incluyen gráficos de todo orden, dirigidos fundamentalmente a proporcionar ayuda estratégica para las próximas expediciones militares. Incorpora cuadros de altitud y latitud, así como gráficos de temperaturas durante las distintas estaciones del año. Dedicó un capítulo entero al estudio del río Negro

y sus afluentes, incluyendo los trechos navegables, todo avalado con citas de los primeros intentos de navegación realizados por Guillermo Cox, George Chaworh Musters y Basilio Villarino, así como del gran geógrafo argentino, Francisco Perito Moreno. De la misma guisa son sus recomendaciones sobre la navegabilidad del río Colorado, y otros ríos andinos y de la pampa central. Para otorgar credibilidad al informe, Zeballos se permite corregir parte de la información que incorpora. De gran importancia estratégica es la descripción pormenorizada de lagunas, su extensión y potabilidad, puesto que servirían de aprovisionamiento a las tropas criollas que se esperaba llegasen a esas latitudes. En la última parte Zeballos da una serie de consejos prácticos sobre las estrategias a seguir, disponibilidad de tropas, y beneficios futuros. Insiste en que la expedición debe ser auxiliada por un cuerpo de geógrafos y de hombres de ciencia que constituirán el verdadero estado mayor del ejército.

La vocación naturalista de Zeballos se impone sobre su interés por los indios que es mínimo. Incluso cuando describe a Calfucurá, lo representa como una figura maquiavélica y codiciosa, muy a la par con la típica diplomacia de mentiras de los indígenas, y reduce sus características culturales a una maraña de linajes y alianzas locales que poco tienen que ver con la limpieza de propósitos de la que el autor se considera heredero. Escribe «el imperio de la Pampa, como el territorio de los beduinos, está dividido en califatos, que entre nosotros son todavía más bárbaros que éstos, y se llaman cacicazgos» (247). Ciertamente que Zeballos hace oportunas distinciones entre los indios de las pampas y los de otras latitudes, como los manzaneros del Neuquén donde Buenos Aires tenían importantes aliados y a los que describe como modelo de indios asimilados. Se permite hacer incluso una serie de apologías de algunos de ellos, especialmente los caciques Carriel y Sayhueque. Cierra el capítulo con una serie de similitudes en las políticas hacia los nativos llevadas a cabo por las mismas fechas por los Estados Unidos.

Al finalizar la expedición del general Roca, el sometimiento de los aborígenes fue masivo. La Conquista del Desierto (1878-85), viaje de guerra disfrazado de aventura científica, arrojó un balance de 1.313 indios muertos; 2.310 guerreros y 10.539 mujeres y niños desplazados y repartidos entre familias. A partir de esa fecha permaneció en Buenos Aires la insostenible noción de que en la Argentina no hay indios, ya que éstos desaparecieron en tan luctuosos episodios.

La conquista del Desierto fue un episodio que marcó la historia del país. El crédito se lo quedó el entonces general, más tarde presidente, Julio Argentino Roca. Es curioso que este mismo año se han retirado de circulación los billetes de banco que mostraban el semblante de Roca y substituido por el de Eva Perón. El texto de Zeballos, viajero sin descanso, *La conquista de quince mil leguas*, jugó un papel importante en tan luctuosos y quizás inevitables acontecimientos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Livon-Grosman, Ernesto. (2003). *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo editor.
- Rodríguez, Fermín. (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editoria.
- Sarmiento, Domingo F. (1966). *Facundo. Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. México: Porrúa.
- Seed, Eric J. (1992). *The Mind of the Traveler. From Gilgamesh to Global Tourism*. Basic Books.
- Zeballos, Estanislao S. (2008). *La conquista de quince mil leguas. Ensayo sobre la ocupación definitiva de la Patagonia (1878)*, Estudio preliminar de Alberto E. Pérez. Buenos Aires: Ediciones Continente.